

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Prevenimos á las personas que deseen suscribirse á nuestro periódico por el año entero, que el 31 del presente Enero termina el plazo fijado en los prospectos para optar á las ventajas ofrecidas en él; por tanto, los que desde aquella fecha efectúen el abono no tendrán opción á las espresadas rebajas.

TEATRO PRINCIPAL.

Revista de funciones.

Aunque el drama *Los amantes de Teruel* del Sr. Hartzenbusch no era nuevo ni en su primitiva forma ni en su refundición reciente, cúmplenos hablar algo de él en gracia de su ejecución. El Sr. Delgado nos ha dado en ella una prueba más de sus singulares medios como actor, bien así como del concienzudo estudio que hace de los papeles que toma á su cargo. Siguiendo la especial manera de su trabajo le buscaremos en ciertos momentos dados, en los que parece reasumir sus facultades todas, en donde desarrolla su energía y su vigor de artista, y en donde se lanza denodadamente á conquistarse aplausos, que el público no le niega nunca, porque los exige con justicia. Tal fué la escena del acto tercero, en la que atado al árbol pugna por romper sus ligaduras, se desespera al considerar que cada momento que

pasa se lleva tras sí una esperanza, y cuando comprende que todo es en vano cae desfallecido sobre aquel tronco que le sujeta. Aquellos gritos de angustia con que llama á su padre fueron recibidos con estrepitosas palmadas, y al concluir el acto fué llamado á la escena el actor; honra que mereció también terminado que fué el drama.

Como todas las demás obras puestas en escena eran conocidas aquí hasta la saciedad, no nos ocuparemos hoy de ellas, y ese espacio nos quedará libre para decir alguna cosa de *El agua mansa*, comedia del Sr. Rubí, que jamás se había representado en este teatro, y aun creemos que en ningún otro de los de Cádiz.

La producción de que hablamos se compone en rigor de tres comedias distintas, que pudieran considerarse como primera, segunda y tercera parte de un trozo de la historia de Casta, que es la verdadera protagonista en todas ellas. Vamos á probarlo.

Un comerciante rico establecido en Madrid tenía dos hijos: Serafin y Casta. El primero calaveron atolondrado, que solo se ocupa de sus francachelas y de sus queridas de munición, y á quien por tanto el padre no quiere enterar del lamentable estado de sus negocios, comprometidos en la quiebra de un socio suyo de París. En dramas y comedias en viendo á un comerciante ya se sabe que ha de quebrar si Dios no lo remedia, y eso es ni más ni menos lo que aquí va á suceder. Una suspensión de pagos es por lo visto una peripécia dramática de excelente efecto. Sin embargo, el padre tiene en depósito cuatro millones de reales pertenecientes al conde de Casa-Nueva, y solo echan-

do mano de esa cantidad es como puede hacer frente á sus obligaciones mercantiles; pero para ello se necesita su consentimiento, y esa es la dificultad del negocio. En este estado de la accion importa ya dar á conocer otros personajes mas.

El conde es un vejezuelo verde, galanteador ridículo, y tacaño además. Es rico y ostentoso, pero solo es esto último cuando le tiene cuenta para sus contratas claudestinas y sus ágios de mala especie. Está enamorado de Casta y quiere hacerla suya á todo trance; pero ella, como es natural, le desdén, y tanto mas cuanto que corresponde al amor de Carlos, diputado pollo, amigo de Serafin, y por supuesto uno de los piquitos de oro del Congreso. Sin embargo, como el oro de su pico es el único oro que él tiene, y como ese no era lo bastante ni con mucho á sacar de apuros al comerciante, resulta que este halla que el conde le conviene bastante mas, puesto que le autoriza á disponer interinamente de sus cuatro millones, si bien á condicion espresa de que Casta le dé su mano. Enterada la hija del estado de los negocios de su padre, hace el sacrificio de aceptar al vetusto novio, y se resigna á ser condesa. Carlos patea y rabia, ella llora, la casa de comercio se salva, y aquí acaba la primera parte. Es una comedia completa.

Alzase el telon de nuevo. No sabemos cuanto tiempo ha pasado; solo sí que Casta está casada y que su marido dá un baile. El conde, á quien su consorte tiene en estado escepcional, quiere verla y hablarla por extraordinario; pero un lacayo gallego, que es el cancerbero oficial de la condesa, le niega la entrada en aquella habitacion, y aun le amenaza con un puñetazo si se atreve á violar la consigna. La esposa desde adentro confirma aquella orden, y en esto comienzan á llegar los convidados, en cuyo número se encuentra el ex-amante Carlos, decidido al parecer á aprovechar la próxima y ya prevista crisis matrimonial que se presenta. Casta aparece entonces, suenan los violines, su marido la ofrece el brazo para presentarse en los salones, pero ella se ase del del diputado, y todos parten dejando allí al amo de la casa echando venablos, y tanto mas cuanto que por su cuñado Serafin sabe los antiguos

amores de aquella interesante pareja. Sus celos, sin embargo, no llegan hasta el punto de convertirle en un Otelo ni mucho menos; así es que el saber que su rival acaba de ser nombrado gefe del nuevo ministerio, olvida sus rencores y corre á su despacho para recomendarle sus contratas, harto mas fructíferas para él que su muger.

Pero el ministro no está por las contratas, y así nuestro hombre muda de bisiesto y solicita nada menos que la superintendencia de la Isla de Cuba, por ver si su muger, segun él mismo dice, gana algo pasada por agua, como acontece á los vinos. Dánle el destino por supuesto, mas la esposa se niega á seguirlo á ultramar: él se irrita, y le manifiesta que no vale los cuatro millones que le ha costado, en lo cual podia muy bien tener razon. En fin, convencido de que no hay medio posible para lograr que su muger sea su muger, y asustado por las amenazas de su cuñado Serafin, parte á la Habana; y aquí acaba la segunda comedia.

Tampoco sabemos el tiempo que ha pasado entre este acto y el siguiente; pero no debe haber sido grano de anís, puesto que ha habido lugar para que el conde llegue á un puerto, halle pasaje, se dé á la vela, se ahogue en la travesía, se tenga noticia del suceso, Casta y Serafin marchen á Bilbao con su padre, y vuelvan los dos á Madrid casi terminado el luto. La viuda y el hermano vienen á la corte á buscar á Carlos, del cual solo se sabe que no es ya ni ministro ni diputado siquiera. El cataclismo por lo visto ha sido completo. Alojense los viajeros en una casa de huéspedes que tiene á su cargo una tal Magdalena, querendona un tiempo de Serafin, y cuya circunstancia maldito lo que importa en la accion. Ya allí instalados procuran averiguar el paradero del ex-ministro semi-pollo, pero ¡oh fortuna! vive allí mismo. Se ven, se dan esplicaciones, los amantes se casan, y aquí termina la tercera y última de las tres comedias.

Segun se echa ya de ver, el principal defecto de la obra consiste en que no es una. Respecto á los personajes creemos que el mejor delineado es el del conde de Casanueva; porque esos diputados imberbes que llegan en un mes á presidentes del consejo

de ministros, están ya tan manoseados que apenas hay comedia que no los tenga; y eso que en ninguna de ellas han llegado á constituir la belleza dramática mas vulgar. Casta principia produciendo interés, pero no se sostiene, porque le falta abnegación para completar su sacrificio. Ya que para salvar á su padre de la ruina entrega su mano al conde, habríamos querido verla resignada, porque esto la hubiera enaltecido. Pero en vez de eso se declara desde el primer instante en abierta insurrección contra su esposo, y eso sin el menor motivo de parte de este, puesto que no manifiesta la mas minima intencion de tiranizarla, ni ostenta exigencias de ninguna especie, aun legítimas. Ella disfruta de su posición y dispone sin traba alguna de su persona: ella es rica, cuando á no ser por el conde seria pobre; y cualquiera que fuese la violencia que tuvo que hacerse, la verdad es que con la mayor apariencia de espontaneidad ofreció ella misma su mano. Hay pues en todos aquellos caprichos, en aquellas perpétuas contrariedades, en aquellos celos que dá con quien era aventurado darlos, cierta cosa que disgusta, que debilita el interés de aquella primera acción. Se nos dirá que el conde necesitaba ser castigado. De cierto no merecía tanto como morir ahogado; pero admitiendo que debía bastarle la vida que le daba su mujer, diremos que nada es mas justo que el castigo de un reo, nada mas inocente que el verdugo, y sin embargo nada menos interesante que este. Casta, al servir de instrumento á aquella pena, se degrada á sí propia.

A pesar de esto, como la comedia posee cierto juego escénico, como algunos caracteres están puestos muy en relieve, y como hay chispa, hay gracejo en ella, el público le dió algunos aplausos al concluir, despues de haberse reido en diferentes ocasiones, y alguna vez con risa harto maliciosa, porque hay allí ciertas reticencias un poco duras de pelar.

La ejecución fué bastante buena en todos cuantos tomaron parte en ella.

F. F. A.

NAUFRAGIO DE LA GOLETA JÓVEN ROSA.

El 5 de Enero el sudeste bramaba con la fuerza del huracan; el cielo era un conjunto compacto de nubes tan apiñadas, que ni aun las flechas de luz del sol alcanzaban á penetrarlas, y se las hubiera podido creer masas cuajadas é inertes, si ya con furia, ya con sostenida obstinacion no hubiesen vertido los raudales de que estaban preñadas sobre la desolada naturaleza. El mar estimulado por el tremendo temporal se entregaba sin freno á su soberbia. Sublevábase en muchedumbre de montañas líquidas, que acosadas unas por otras reventaban echando al aire sus bramidos y sus espumas, aventajándose en esto á las demas aquellas que hallan resistencia en las peñas y en las costas. La naturaleza privada de sus astros, de su luz, de las cotidianas tareas que la animan, del canto de los pájaros y de la intervencion y presencia de su rey el hombre, formaba la aterradora imagen de la desolacion. Cuando todas las fuerzas morales y materiales del hombre desmayan, cuando todos esos decantados adelantos de la ciencia y de la industria, que tienden, segun sus seides, á hacer al hombre todopoderoso y dominador de la naturaleza para nada sirven, y son anonadados por una inundacion, por un golpe de viento, por un paso que adelanta el mar, por una sacudida de la tierra, á una seña de su Criador, ¿qué les queda á los miseros mortales sino agachar la soberbia cabeza que se alza como la de la serpiente rebelde? ¿qué les queda sino clamar misericordia doblando ambas rodillas, lo que no se hace, como decia Victor Hugo, cuando era gran poeta y ferviente católico.

«Ce n'est plus qu'à demi qu'on se livre aux croyances

«Nul dans notre age aveugle et vain de ses sciences,

«Ne sait plier les deux genoux.

«No es sino á medias como se entregan á las creencias, y ninguno en nuestra era ciega y vana con sus ciencias sabe doblar ambas rodillas.»

¿A quién no se le ocurre comparar aquellos pueblos, entre los que una mano impia y osada esparce las semillas de la mas audaz rebeldia contra lo divino y lo santo, á las naves que perdida su brújula, roto su timon, desatendido su práctico, caminan entre los desencadenados elementos de sus pasiones á una segura perdición?

El cariz de la atmósfera era espeso, y los horizontes por todos lados estaban tan cargados que parecían formar una cárcel al abatido espíritu del hombre, que no encontraba cielo al que levantar los ojos, ni lontananza en que esparcir su mirada. Así sucedió que solo cuando estuvo cercano, pudieron los moradores de Chipiona divisar un barco, que hecho juguete del viento y de las olas pedía auxilio con esa autoridad santa y respetada que da la desgracia.

—Esa goleta, dijo el animoso é inteligente pi-

loto Junquero, ó viene muy cargada ó hace agua, porque no obedece á la maniobra.

—Ni tampoco conoce la costa, añadió su hermano, ni sabe la posición de las rocas de Salmédina y del Perro, á las que se viene acercando.

Las personas reunidas en la eminencia en la que mas distintamente se veía el mar, empezaron á hacer señas á la goleta de que se alejase; pero sea que la bruma y la lluvia impidiesen á la tripulación divisarlas, ó que no les fuese posible seguir el buen consejo, ó sea que prefiriesen perecer en la orilla donde al menos hallarian lástima y sepultura, que no en la aterradora soledad del mar, ello es que el barco siguió avanzando hácia tierra, desplegadas sus velas á la desesperada, alzando su bandera de auxilio como una muda deprecación á la humanidad.

—No se les puede dejar perecer! exclamó uno de los presentes.

—Y no se les puede socorrer, repuso un marinero entendido y cano de experiencia y de años.

—Probémoslo, dijo el piloto Junquero, que lo que hacerse pueda lo haré yo.

Ayudado por otros marineros animados por su heroico ejemplo, se puso á preparar la lancha de salvamento.

Entretanto el barco abandonado á la buena ventura, había prodigiosamente salvado los dos escollos y se acercaba cada vez mas hácia nuevos peligros ocultos por las olas; estos eran el destruido muelle que se interna en el mar, y los corrales, construcciones grandes y extrañas sub-marinas, que consisten en muros de piedra levantados para formar esos llamados corrales en que entra el pescado con la creciente marea, y en los que al retirarse el agua queda preso, y es fácilmente cogido.

La goleta advertida había echado un áncora; pero sin arriar el velámen, de manera que parecía una nave fantasma, una nave ciega que no veía su senda, ó una nave desesperada que aun al tiempo de perecer desafiaba al enemigo que la esterminaba.

Consistía esto, como se supo despues, en que la tripulación de aquel barco desde ocho dias antes no hacia sino dar á la bomba para aminorar el agua que hacia la maltraida embarcación, la que crecia por instantes á pesar de sus esfuerzos, por lo cual les era imposible atender á ninguna otra maniobra.

Se hallaban tan cerca de la orilla que se distinguía á aquellos infelices cruzar sus manos implorando su salvación. Dios del cielo! ¿será que necesita el hombre tales destrozadores espectáculos para despertar y vigorizar en su alma el sublime sentimiento de la compasión?

Junquero y sus compañeros echaron con decidido y valiente empuje la lancha de salvación al mar. Los naufragos recobraron la perdida esperanza, los que presenciaban esta terrible y conmoviente escena enviaron sus votos y bendiciones á los santamente temerarios marineros; todos los corazones latían con las dobles pulsaciones del temor y de la esperanza. Pero en este instante una ola mas furiosa y mas erguida que las demás, como indignada de que se le quisiese arrebatar su presa, se arrojó sobre la lancha de auxilio y la volcó

cual si hubiese sido una cáscara de nuez. Todo estaba perdido! El auxilio era imposible!

Entonces se vió un espectáculo horrible. El barco sugeto con su cable, azotado por el viento y empujado por las olas, empezó á trabar con ellas una lucha desesperada, tal cual se ha visto alguna vez entre una débil víctima y sus potentes verdugos. Tan pronto vencida y caída por sus enemigos quedaba jadeante, tendida sobre el costado, tan pronto se volvía á levantar vacilante, ahora la sumergía una montaña de mar pasando bramando sobre ella, y ahora levantarse chorreando agua como si fuese sangre por todas sus heridas, y encabritarse cual el caballo herido por el toro, llena de angustia y espanto mostrando á los horrorizados espectadores de la playa toda su quilla; y el viento arreciaba, y las olas se henchian mas, y todo bramaba, y por colmo de horror se acercaba la noche que todos los aumenta.

Entonces observaron que los del barco lanzaban una frágil canoa al mar. A ella bajaron cuatro hombres y tres niños, tres grumetes, infelices niños presos en los barcos como alegres pájaros en una jaula, en la que á veces cantan, gracias á la armonía que rebosa en sus pechos, pero que suelen acabar por ser víctimas de los muchos enemigos que los cercan! Pero, cosa extraña, aquella ligera canoa no se apartaba del navio!... no parecía sino que fuese un hijo que se obstinaba en no abandonar á su padre en su agonía! y así era, pues pudieron observar que los hombres que estaban en la canoa, que como un corcho era alzada por las olas á una formidable altura, y tan pronto hundida en profundos abismos, imploraban á un hombre que en pié sobre la cubierta del barco se negaba á partir y les hacia señas de alejarse. Pero la tripulación, quizás por vez primera, no obedecía á su capitán, no queriendo consentir en que este, por un falso pundonor de marino, ó por un raptó de desesperación, pereciese voluntariamente con su barco. Este consagrado rasgo de lealtad de parte de estos hombres, tenia lugar cuando estaban entre la vida y la muerte, en uno de aquellos momentos en que por lo comun el poderoso instinto de la conservación hace acallar todo cálculo de interés, todo humano respeto, y hasta los sentimientos del corazón. No pudiendo lograr vencer la obstinación de su capitán ni con reflexiones ni con súplicas, se les vió abandonar la canoa, esa su tabla de salvación, subir á la goleta, agarrar entre todos á su capitán, bajarlo á pesar de su resistencia á la canoa, y cual si los mismos elementos hubiesen respetado ese heroico rasgo de lealtad, el frágil esquife se acercó ileso á la orilla, donde no bien estuvo al alcance de los que estaban en la playa, cuando todos se arrojaron á sacar á salvo á los naufragos. Pero apenas agarraban por los brazos á aquellos desfallecidos infelices, cuando los vian prorumpir en gemidos de dolor, y al indagar las causas notaron que traían las palmas de las manos despellejadas y sangrientas y los brazos engarrotados é inertes. Provenia esto de haber estado por espacio de ocho dias y ocho noches dando sin cesar á la bomba para aminorar el agua que hacia la goleta, y que debía irremisiblemente, por

poco que se aumentase, hacerla zozobrar. Apenas estuvo el capitán en tierra cuando se echó á los pies de aquellos que cuanto les habia sido posible habian hecho por socorrerlo. El capitán fué llevado por un vecino del pueblo á su casa, los demás al meson, y allí se les administraron los auxilios oportunos. A la mañana siguiente la goleta no existia.

Este ha sido el naufragio de la jóven Rosa, que cargada de plomo hacia rumbo á Rouan.

Si lo hemos referido detalladamente, es no solo para publicar una de las infinitas catástrofes marítimas que tienen lugar en esta terrible y aflictiva temporada en nuestras costas, sino tambien para consolar á los buenos, haciéndoles patente que existe la caridad, á pesar de ser tan combatida su hermana la fé, y estar tan desmayada su otra hermana la esperanza. Hay tres meses que todos los pobres de Andalucía son mantenidos por los pudientes. Hay tres meses que entre las repetidas catástrofes que producen los huracanes, las inundaciones, el embravecido mar, están incansables en su mision de socorro las autoridades, los ricos, los vecinos honrados, y cuantos pueden ejercer la santa funcion de socorrer. Hay tres meses que no existen avaros. Los almacenes de trigos se han franqueado por sus dueños á la autoridad. Hay tres meses que los pobres del campo, el verdadero pueblo, hallan en los ricos, no padres, sino madres que los nutren á sus pechos, y esto que no se vé en pais alguno, se ha visto en todos tiempos en la católica España; así ya que son y han sido siempre los pudientes la providencia del pobre, si á aquellos se les prescribe y se les predica tanto el dar, predíquese y prescribáse al pobre agradecer, que es obligacion tan sagrada como aquella.

No es posible enumerar los rasgos de heroica é incansable caridad de que es teatro esta infeliz provincia, pero consolémonos, los que aterrados estamos con este patente castigo que Dios nos envia por nuestras culpas, consolémonos, porque la caridad existe, y cual arco iris de paz se muestra entre las negras nubes de nuestro cargado horizonte. Ella, ella, esa sublime virtud tan querida de Dios, nos va á salvar, ella desarmará su diestra, interponiéndose entre nuestras maldades y rebeldias y la espada de su justicia.

Pero cómo pasar en silencio lo que en Sevilla se ha visto! Mirad el aspecto aterrador de aquella inmensa ciudad inundada. Oid los clamores de los miseros que de los públecitos inundados acuden á ella. Oid el rio hecho rey de la comarca cual brama y amenaza con su creciente poderio, cual ahulla el viento contrariando su devastadora corriente, cual vierten las nubes estrepitosamente sus aguaceros, las calles están intransitables, los habitantes, unos presos en sus domicilios cercados de agua, otros huyendo del temporal bajo sus techos. ¿Quién socorrerá á aquellos infelices arriados rodeados de un mar profundo de agua dulce? No os desconsoléis, que se acerca un esquisfe con socorros, con limosnas, con consuelos. ¿Quién lo monta? Será un valiente marinero curtido en los temporales y la intemperie, de aquellos que están conaturalizados con los peligros y las fatigas. No.—Son

dos jóvenes.—Ella es una niña fina, delicada, y tímida á todo arrojo.—¿Qué temeridad!—¿Quiénes son?—Ella es la hija del que fué Rey, la hermana de la Reina de España: él es el hijo del que fué Rey de Francia, el nieto de Luis XIV! Pueblo, abre tus ojos y mira quienes son tus amigos, que obras son amores y no buenas razones! Bendice esa caridad cristiana que te alimenta, que te socorre: esa caridad cristiana que hace á la Reina lavar los pies á los pobres, y lleva á los hijos de los reyes á arrostrarlo todo por socorrerte!—Noble vástago del trono de España, recibe las gracias, así como tambien tu digno compañero, tu apoyo, tu competidor en beneficencia. S. Fernando, cuya tumba honras, te bendice en el cielo como los pobres lo hacen en la tierra, pues ejerces la caridad segun el espíritu del Evangelio; con la mano y con el corazon, como princesa y como ángel.

Publíquese en alta voz esta heroica caridad, pues si se hace con otra clase de hazañas, hágase otro tanto con las de la caridad, porque es un sagrado deber que imponen la verdad, la justicia, la moral y la gratitud; publíquese para ejemplo y para consuelo; publíquese para que alegre el corazon generoso de la madre de los pobres Isabel II, el ver que tambien su hermana los trata como á hijos, y para que la santa reina Amalia mezcle entre sus lágrimas de viuda, dulces sonrisas de madre!

FERNAN CABALLERO.

Se autoriza á los periódicos á reproducir este artículo si con él simpatizasen.

A la memoria de mi querida hermana Emilia Perez y Sierra.

Dichosa tú! que del mundo,
Reuelto golfo de males,
Te remontaste á los cielos,
Pura mansion de los ángeles.
Feliz tú, querida hermana,
Que agena á humanos pesares,
En la flor de tu inocencia
La gloria eterna alcanzaste.
En esta vida escabrosa
De engaños y vanidades
Solo angustias te guardara
La humanidad miserable.
¡Ay! cual nítida azucena
Que al alba su cáliz abre
Dando perfume á las brisas
Que la acarician suave s;
Así tú, Emilia, crecias,

Adorada de tus padres,
Siendo mi único consuelo,
Mi felicidad mas grande.

Huiste con rauda vuelo
De este lagrimoso valle,
A disfrutar del empireo
Las venturas eternas.

Desde entonces á mi pecho
Crudas penas le combaten,
Y vivo sin esperanza
Lanzando dolientes ayes.

El amor me causa bastío,
Me agradan las soledades,
Y la purpurada aurora
Me dá enojos cuando nace.

Solo morir apetezco,
Porque muriendo se calmen
Los sinsabores cruentes
Que me persiguen tenaces.

Y tú que gozas del cielo
La dulce paz envidiable,
Demanda del Hacedor
Que de este suelo me aparte.

Ruégale, sí, que la llama
De mi existencia se apague,
Y que en la mansion dó moras
Llegue hermana á contemplarte.

(Remitido.)

José M.^a Perez.

Explicacion de la hoja de patrones que acompaña al presente número.

N.º 1, 2, 3. Cuello, manga y embutido: la estrella del medallon, al pasado, y las pequeñas que lo rodean, al pasado y punto de ojal; el centro señalado con crucecillas, puede hacerse de tul; el cordoncillo que serpentea el dibujo, *guipure* mezclado con punto de Venecia: los ojetes de la guarnicion estarian mejor rellenos.

4. Cuello mosquetero; flores al pasado ó á feston.

5, 6. Manga y embutido hermanando con el cuello que antecede.

7. Faralá para trage: al pasado y ojetes rellenos.

8, 9. Gorro griego; puede hacerse de terciopelo, *moiré* ó paño, bordado de felpilla de colores ó cordoncillo.

10. Emilia, escudo para pañuelo: al pasado y *point de plume*.

11. Paula: al pasado.

12. L. D.: al pasado y cordoncillo.

13. Petaca: Se hace sobre paño color castaño; las hojas de terciopelo negro rodeadas de cordoncillo de oro, de lo cual se formarán los pámpanos y cabos; los granos de uva de cuentas de azabache.

14. Ramo de flores: al pasado.

15. Escudo para pañuelo: al pasado, respunte y cordoncillo.

16 al 37. Alfabeto: al pasado fino.

38. Luisa: al pasado y ojetes rellenos.

39. Emma: al pasado sencillo ó feston.

40. Rosa: al pasado.

41. Alejandrina: al pasado sencillo.

42 y 43. Manteleta *Saint Mégrin*: puede hacerse en *moiré antique*, ó en terciopelo. Si la manteleta es de terciopelo, los ramos se bordan al pasado: y si es de *moiré*, los ramos se forman de terciopelo recortado. Toda la manteleta se guarnecerá de encaje ó fleco grande, segun sea la tela de que se haga.

44, 45. Croquis y dibujo de canastilla de tocador: se borda en felpilla blanca y oro sobre terciopelo ó *moiré* azul, adornándola con pasamaneria.

46. Canastilla: siendo esta una labor puramente de paciencia y primor, solo podremos decir que se hace de perlas ensartadas en un alambre muy fino ó flexible para formar bien las ondulaciones.

47. Pantalla de chimenea: al crochet de cordoncillo de oro ó de seda.

48. Porta-moneda: puede hacerse en terciopelo ó piel de color oscuro, y la palabra MONEDA de oro.

49. Guarnicion para volantes.

50 al 57. A. R.—J. S. N.—F. A. T.—J.—F. G.—O. X.: iniciales al pasado, punto de ojal y cordoncillo.